

PREPARARSE PARA MALOS TIEMPOS

El titular de la SHCP declaró recientemente que “el país debe estar preparado para enfrentar una posible recesión económica”.

Varios indicadores señalan que México camina en este sentido: el exiguo crecimiento de 0.2 por ciento del PIB del primer semestre de este año; la contracción del mercado interno, que en ese mismo periodo alcanzó aproximadamente 0.8 por ciento y pocos parecen haber notado; las caídas de la inversión en maquinaria y en construcción que no se detendrán pronto; y algunos primeros signos de la desaceleración manufacturera de EUA, que amenazan con reducir las exportaciones no petroleras.

La razón le asiste a Arturo Herrera y hace bien en señalar el peligro de la recesión, aunque cabe preguntarse ¿Cómo se prepara un país para enfrentar este problema?

La nación se conforma, entre otros factores, por su población y su gobierno, por lo que a cada quién le corresponde tomar las medidas pertinentes.

La recesión que viene para México no es la primera ni será la última que enfrenten las familias del país. En los últimos cincuenta años el PIB se ha achicado en cinco ocasiones (1983, 1986, 1995, 2001 y 2009). Unas veces el descenso ha sido más profundo, como el de 5.3 por ciento hace una década, y otras más leve, como el de 0.4 por ciento en 2001.

En todos los casos, la economía de los hogares ha superado el problema en turno. La fórmula para ello implica sacrificios, que a la larga rinden: minimizar gastos; trabajar más horas; buscar fuentes de ingreso alternativas; pedir prestado; utilizar ahorros o una combinación de todo lo anterior.

Me parece que a la aseveración del Secretario de Hacienda le falta foco. El asunto no es cómo debe prepararse el país para una recesión futura, sino cómo lo hará el gobierno del que él forma parte.

La política pública más común para contrarrestar las recesiones (que no necesariamente la correcta), es elevar los

gastos gubernamentales y reducir los impuestos, incrementando con ello el déficit y la deuda pública.

Con su impericia y dogmatismo en el manejo de la política fiscal --manifestadas en su insistente discurso de austeridad-- AMLO se ha atado la soga al cuello para responder al encogimiento económico que asecha su gestión.

Cuando se materialice la recesión que su Secretario de Hacienda teme, los ingresos presupuestarios disminuirán y la presión para elevar el erario será brutal, especialmente en subsidios alimenticios y energéticos y transferencias monetarias, que son el sello distintivo de la política social de este gobierno.

En circunstancias normales, incrementar el gasto público y por ende el déficit fiscal, por ejemplo de 2 a 3 por ciento del PIB, y acrecentar con ello la deuda del gobierno sería aceptable. Sin embargo, actualmente esto no es factible, ya que la disciplina hacendaria que tanto le gusta pregonar a AMLO es la vara de medida con la que analistas, inversionistas, calificadoras, bancos, organismos internacionales y gobiernos miden su proclividad al populismo económico.

Si la austeridad fiscal se relaja, se interpretaría muy desfavorablemente, al grado de romper la estabilidad financiera nacional actual. Por otra parte, si se insistiera en mantener la rigidez hacendaria, el estrujamiento de los propios miembros del gabinete, de la legislatura y de los grupos sociales sería peor que el de una olla de presión.

En consecuencia, los que están en un dilema serio son el equipo hacendario y AMLO mismo. En caso de una recesión, al gobierno le queda elegir entre romper la disciplina fiscal y asumir que México luzca como un país financieramente más riesgoso, o mantener una austeridad a rajatabla, hasta que el sacrificio fiscal sea rebasado por los reclamos sociales derivados del estrangulamiento económico.

Esta vez, el gobierno parece bastante más impreparado que la sociedad para aguantar los malos tiempos económicos que se aproximan.

Socio Fundador de GEA GRupo de Economistas y Asociados